

Dr. Pedro E. Zuleta Guerrero

Naturalismo y educación



menudo y con extraordinaria persistencia en la discusión de problemas filosóficos y pedagógicos, se tropieza con obstáculos de carácter grave determinados por los términos que se emplean y cuyos contenidos conceptuales no son similares para todos los autores.

No es de extrañar que así ocurra cuando se analiza el naturalismo y su influencia en la educación. Y parece lógico e inevitable que así acontezca, pues el hombre, el pensamiento y la cultura van desarrollándose en un proceso que conduce—si se permite la expresión—a cambios de actitudes, de significados, de metas vitales. Pero, desgraciadamente, no es este el fenómeno que se revela en la obra filosófica de nuestros días, sino más bien el que atañe a la confusión metodológica que no solucionan los eruditos, ni el diccionario, ni la intuición, ni la vida socio-cultural misma.

Esta anarquía suele aparecer cuando—con superficialidad—se introduce el espíritu por los senderos de la controversia naturalismo humanismo, controversia que como casi todas las del pensamiento, es sólo de posición, de puntos de enfoque distintos a un mismo y radical temario que gira alrededor de un eje único: El hombre y la realidad socio-cultural.

Será pues tarea indispensable detenerse en el análisis de las palabras naturaleza, natural y naturalismo que, con insistente frecuencia, se encontrarán a lo largo de este trabajo. Estas palabras no son unívocas y, para mayor discrepancia, suelen tomarse con un criterio de simplicidad cuando son referidas a aspectos educacionales.

Al definir el término naturaleza, como en toda definición, se debe consignar aquello que se entiende por tal. Nos permitiremos revisar algunos considerandos:

1.º Entiéndese naturaleza—en el sentido teleológico aristotélico—como una cualidad inherente a las cosas o conceptos individuales, como lo que todo ser es en su estado perfecto, como la perfección de algo con fin propio. O como lo quieren los que siguen a Holbach «el todo que resulta de las propiedades, combinaciones, movimientos o modos de actuar que lo distinguen de otros seres». Refiriéndose a los seres vivientes, compréndase naturaleza como algo en desarrollo y que, circunscrita a la jurisdicción de lo humano, pone en relieve los distintos procesos del desarrollo del individuo, del niño y del educando, y esboza con claridad su grande e importante aplicación educativa subrayada taxativamente, en la hora presente, por los aportes de la psicología evolutiva.

2.º Defínese la naturaleza como algo opuesto a lo artificial. Naturaleza, como aquello que está más allá de lo que se opone a la influencia humana. Naturaleza y natural, como algo independiente de la acción modificadora del hombre y, en cierto modo, opuestos a él.

No pertenece al tema este análisis; pero hay que recalcar que esta dualidad que separa la naturaleza del hombre y de lo artificial, marca su rumbo y ejerce una influencia educativa meritoria. Puede sintetizarse en la afirmación de que «se puede aprender mucho en contacto con la naturaleza». «No más libro que el mundo ni otra instrucción que la de los hechos», agregó J. J. Rousseau.

No debe olvidarse que la educación es un exponente altamente humano, característica específica del hombre y que, por lo tanto, si bien es cierto que la observación, la meditación y el contacto con la naturaleza son indispensables, no lo es menos que el hombre se educa para conocerse y para convivir con los demás hombres en el marco de su ambiente psico-socio-cultural. Necesario e inobjetable aparece pues el hecho de que el hombre armonice su actitud naturalista para autoconocerse en su propia autenticidad sin olvidar que vive sumergido en el medio determinado por la naturaleza del universo.

Si se acentúa más todavía esta tesis hay que sustentar que el hombre—al ser parte de la naturaleza y manifestarse como una realidad dinámica, como un acontecer, como una duración—tendrá que estar sujeto e inmerso en el gran proceso natural. Pero se afirma que hay en lo natural un dinamismo y el desarrollo y progreso del conocimiento demuestran que existen en la naturaleza leyes que la rigen. A través de ellas el hombre trata de interpretarla, de explicarla o de traducirla, siguiéndola. Así, analógicamente, se ha aplicado esta deducción a las teorías y prácticas educativas. Circunscribiéndose al individuo habría, entonces, que esperar una cierta madurez psicobiológica natural para iniciar la educación o bien es preciso educar al ser humano desde antes de la concepción, en sus padres, pues toda nueva entidad humana, es un proceso concatenado a partir de antes del denominado cero ontogénico.

Se plantea aquí un problema que sólo se enunciará y que tiene repercusiones hondas en la educación: ¿Pueden los productos artificiales del hombre modificar su propia naturaleza? ¿El propio conocimiento del hombre «como es» lo impulsa y conduce teleológicamente a un hombre «cómo debe ser»? Sin profundizar se siente la obligación de aceptar esta afirmación como posible y como verificable.

3.º Piénsese en naturaleza como una extensión de lo que se observa en el individuo y en los seres particulares, a todo

el universo. Siendo el hombre una parte del cosmos, sigue el vaivén de las leyes que rigen al todo. Por analogía, se estima que la verdad en el campo de lo individual humano debe ser también verdad en el universo de la naturaleza. Por eso debe decirse que «si la humanidad toda tiene un desarrollo, un desenvolvimiento, un progreso», todo este proceso es explicado por ser copartícipe del proceso natural.

Estas pocas acepciones de naturaleza bastan para informar de la dificultad anteriormente anotada. Igual ocurre con las otras denominaciones y ello exime de efectuar igual discriminación.

Si se penetra en el terreno personal de autores como Comenio, J. J. Rousseau, Pestalozzi, Froebel, etc.; también se experimentan algunas vacilaciones frente a estos términos y se hacen distingos de la palabra naturaleza, por ejemplo, cuando ésta se refiere a la naturaleza de las cosas o a la naturaleza de los educandos.

Cualquiera sea la significación y la repercusión que se dé a los hechos precedentes, lo evidente es que la corriente naturalista de la educación, ha puesto su acento en el niño y en su proceso de desarrollo, determinado y dirigido por leyes precisas que es necesario conocer y respetar. Todo esto, en la actualidad, corroborado por los adelantos de los conocimientos embriológicos, fisiológicos y psicológicos. Hay, pues, que adaptarse al desenvolvimiento del niño cuya conducción educativa no puede seguir efectuándose a base de caprichos arbitrarios del educador, del método o de la materia de enseñanza.

Porque es indudable que «la educación ha de diferir, por completo, según las diversas concepciones que conciernen al hombre y según las diversas concepciones que se tengan de la vida». Tal vez aquí está radicado el verdadero concepto de reforma de la enseñanza que por doquier encontramos, incluso en la vida del país, como consecuencia de la renovación de los valores humanos y de la necesidad de hacer frente a nuevas

vigencias vitales. Sin embargo, no parece tener esta concepción reformista nacional una firme raigambre filosófica genética integral en la vida chilena.

Toda la tesis naturalista puesta en el primer plano, especialmente por J. J. Rousseau, sigue el impulso dado al pensamiento y al mundo por Galileo. A partir de ese momento se opera una modificación en la posición del hombre respecto a sus creencias y a su imagen del mundo.

Colón y la América; Magallanes y la vuelta al mundo comprobando su redondez; los descubrimientos sucesivos de Ticho Brahe, Kepler y Newton; las leyes de Lavoisier y Meyer para la materia y energía respectivamente; los planteamientos de Darwin, Lammarck y Cuvier; las leyes de Mendel para la herencia; la influencia de Claude Bernard y de Comte, etc., hacen variar insospechada y asombrosamente la concepción del universo y, más que eso, impulsan al hombre a empezar a sentirse el amo y señor de la naturaleza. Día a día van superándose las ciencias denominadas realistas, sobresaliendo la físico-química, la mecánica, la astronomía, la biología, las matemáticas, con detrimento del aspecto literario y con menoscabo de los ideales clásicos superados por el nuevo acento del método experimental.

Por eso es que gran parte de la filosofía del siglo próximo pasado tiene una dirección naturalista y neopositivista, especialmente en el último tercio del siglo. Desde 1870 a 1900, las corrientes naturalistas de la filosofía (naturalismo, materialismo, positivismo y mecanicismo) forman una unidad casi indivisible como si obedecieran a una particular y propia actitud de ese final del siglo en el que culmina toda la problemática que significa situar o ubicar «el puesto del hombre en el universo» y también la concepción de que lo psíquico y lo físico no son más que aspectos de una misma e indisoluble realidad, que el dualismo cartesiano había separado y señalado como irreconciliables.

Se va a aplicar con intensidad, el aforismo de «que la cien-

cia nace únicamente de las fuentes mismas de la naturaleza» y va a entrar en vigencia el nuevo método de la inducción basado en la observación. Y, cada vez más, se va a ir adueñando de la directiva de la educación el primado de la naturalidad, del derecho del alumno como persona, dándosele oportunidad para que pueda observar todo lo que desee en el universo. Se tratará—al decir de Comenio—de dejar que el alumno contemple la naturaleza con ojos abiertos y con todos sus sentidos.

La nueva y posterior actitud del hombre, a medida que se desenvuelve y acrecienta el panorama de las ciencias naturales, el extraordinario y revolucionario adelanto de las ciencias físico-químicas; el angustioso y sorprendente auge de la energía atómica, va concomitantemente creando una conciencia naturalista que, en algunos casos, es llevada a sus más últimas consecuencias e incluso hasta llegar a declarar que la ciencia es el conocimiento más útil, aun cuando este desideratum no implica un desconocimiento del valor de la filosofía, de las letras y de las artes. Y tanto se ahonda en esta corriente que para Durkheim «la enseñanza de la ciencia es mucho más importante que la del arte y de la literatura».

Ya se va estableciendo que la concepción del naturalismo se ha ido constituyendo como una necesidad destinada a limitar y terminar con el humanismo literario, libresco, abstracto e inoperante del Renacimiento. Se estima que hay que detener esta tendencia espiritualista, cognoscitiva pura, para regresar—con toda propiedad—a los caminos de la vida real, de la vida humana natural eminentemente activa y en conflicto constante. Tal parece ser la meta a que aspira el naturalismo.

Este planteamiento continúa hasta nosotros, se exacerba durante el reinado del positivismo y neopositivismo manteniéndose la hipótesis de que «sólo las ciencias pueden hacernos conocer lo real». Se sabe hoy que tal aspiración no pasa de ser un mero engaño de los sentidos, una justificación subjetiva de la objetividad proyectada por nuestra estructura psico-somática-

sensorial. Cabe, entonces, una interrogativa: ¿El mundo de la ciencia, ordenado, sistematizado, jerarquizado, con sus teorías, sus leyes y sus principios, es en verdad el mundo de la auténtica realidad en sí? ¿O no es más que la estructuración esquematizada, producto de una construcción conceptual?

Si así ocurre, el mundo que consideramos como propio de la naturaleza, no es sino un matiz determinado por los cuadros categoriales del espíritu humano, encerrado en los marcos de la temporalidad y del espacio. Siguiendo este predicamento, no puede desconocerse que el arte también nos ofrece un panorama de la realidad que, aunque singular y personal, (desde el punto de vista del artista), tiene una significación más profunda, esencial e intuitivamente verdadera.

La explicación es obvia. La naturaleza física no es la única realidad y, por lo tanto, no puede esperarse que su conocimiento baste para resolver el problema de la vida dentro de la cual hay que encararse con el hombre de carne y hueso, de cuerpo y alma, de biología y cultura, de aparente ambivalencia, de real e indisoluble exclusiva unidad, a pesar de las características de su arquitectura y de sus tan dispares manifestaciones.

Este obstáculo que parece acompañar a toda posibilidad de conocimiento es el nudo y nexo capital de todo proceso educativo, máxime dentro del naturalismo que lleva implicado, avasalladoramente, la idea de desarrollo.

Pero ya es tiempo que se trate de definir lo que debe entenderse por naturalismo para agregar, en seguida, otras reflexiones igualmente sustantivas.

En general, se entiende por naturalismo la doctrina que sustenta, como única existencia, la naturaleza y que aplica, incluso al espíritu, las categorías de la natura, sometiéndolo al rigor de las leyes naturales. También se afirma como naturalismo a la actitud ética que ordena enseñar a vivir «conforme y de acuerdo con la naturaleza».

Ya se ha incidido bastante en que el naturalismo cobra

mayor relieve en la época positivista, época del reinado y pleno dominio de las ciencias naturales. De ahí que sea una posición que permanece vigente en el pensamiento moderno y que se estime como una expresión del materialismo «en cuanto éste quiere derivar lo más complejo y valioso de los más simples y menos valioso». Pero el que se quiera reducir al espíritu humano a pura y sola naturaleza no implica, necesariamente, un atropello a la dignidad humana sino una tentativa por conocer—ordenando—esta incógnita perenne para el conocimiento.

Porque naturalismo puede entenderse como una explicación del universo o como una teoría pedagógica. Si se le considera en el primer sentido, el hombre entonces no es más que pura y simple naturaleza; el hombre no es nada nuevo y tanto él como la sociedad, no constituyen sino una prolongación de la naturaleza. Sólo serían órganos y simples medios de expresión de fuerzas cósmicas, de las fuerzas de la naturaleza que buscan realización y se realizan en nosotros. La sociedad sería un organismo y la cultura no sería más que una creación, una prolongación de la naturaleza misma arraigada en la actividad propia, selectiva y natural de la vida. Llevados por esta tónica conceptual el bien, el mal, lo bueno y lo malo, que son normas para valorizar al hombre, serían también productos naturales como cualquier elemento químico. Y ahondando más aún la inteligencia misma no sería más que un simple instrumento de acción y de adaptación al medio, algo evolucionadamente estructurado y perfeccionado en el proceso constante de lo universal.

Anteriormente se ha establecido que el naturalismo, que se perfila en oposición y paralelamente al humanismo, adquiere luego una actitud de protesta frente al acervo y recargo teológico y metafísico de la educación humanista, a su pose esencialmente intelectualista con menor valoración de lo somático individual en beneficio de ideales abstractos.

El naturalismo obedece a imperativos motivados por el desarrollo y apogeo de las ciencias y tiende, con certera seguri-

dad, a propiciar el estudio del niño como parte del sistema natural, sin desconocer la influencia importante que ejerce la corriente humanista que implica integración de fuertes valores socio-espirituales.

Ahora bien: ¿Qué ha recibido la educación del naturalismo? ¿Cuáles son sus resultados educativos? La contestación no es sencilla y sugiere una gama de matices muy variada que suscita nuevas interrogantes. Pero, a pesar de todo, será interesante establecer algunas conclusiones.

La época romántica concretó su acción en la vida espiritual toda, evitando la supervaloración y predominio superlativo de la inteligencia. El hombre, ahora, se sabe poseedor de una sentimentalidad, de una racionalidad, de una voluntad que, en igualdad de rangos, presionan, condicionan y determinan sus gestos y sus acciones. Desgraciadamente, a la postre, el romanticismo romperá sus barreras y su diapasón coincidirá con lo exagerado cuando se aísla para gustar sus propias vivencias, y aparece con raíces subjetivas en que todo no es más que una mera representación.

Pero indudablemente es con J. J. Rousseau que el naturalismo alcanza la más alta nota, movida por la fuerza genial del pensador y como resultante compensatoria de las vicisitudes de su propia vida, aventurera, libertaria y errante. Influye posiblemente en Rousseau el odio interior, sincero y profundo, contra la cultura, la liberalidad, los vicios y corrupción de su época. En el Emilio, expone su ideal educativo: «la vuelta a la naturaleza». Este ideal sólo puede realizarse con el auxilio y apoyo de la naturaleza considerada «como el destino que reina sobre el hombre y a la que hay que obedecer sin alterarla». Aquí la naturaleza comprende la adición de todas las tendencias, los impulsos y las disponibilidades del hombre las que, mediante un desarrollo graduado, le conducen al fin propio individual. En este desarrollo natural, cada período debe ser respetado en función y provecho de la educación misma. Este respeto por la

naturaleza del educando y sus distintos y específicos períodos de evolución, este esperar pacientemente su autodesarrollo, no puede ser estimado como un axioma irreductible y fijo. He aquí una de las fallas de este naturalismo individualista exagerado porque toda actitud educativa debe ser dirigida, pero dirigida previo análisis y conocimiento del sujeto que se educa con el fin de establecer una armonía justa y perfecta entre materias, métodos, planes, programas, objetivos y educandos.

Sin embargo, el naturalismo al acentuar el papel del niño en toda verdadera obra educacional, ha echado la simiente para el postulado actual de toda pedagogía auténtica: La atención y la preocupación principales por el ser del niño «como una permanente actividad creadora», una efervescencia constructiva «de dentro afuera» que debe ser controlada, guiada y encauzada mediante una actitud predominantemente psicológica en el terreno de la filosofía, de la acción y de los fines de la educación.

Surgen aquí incógnitas desorientadoras; ¿Cuál es la verdadera naturaleza humana que importa e interesa seguir y guiar? ¿Para qué hay que educar? ¿Para quién? ¿Para el individuo o para la sociedad?

Porque no todo es aceptable en el naturalismo. Se vió ya que no puede ser una tesis exclusiva pues representaría—como alguien ha dicho—«una entrega unilateral a lo objetivo con cierto detrimento de lo subjetivo, del algo personal» de W. James.

Se observa, en este punto, la dilatada y antigua oposición del dualismo aristotélico platónico que persigue a la razón humana como la sombra al cuerpo, como un lastre extraño, angustioso, palpitante y peyorativo, que se alimenta del aspecto bipolar trágico de la condición humana. Resalta con desconocida e inasible solución el al parecer estéril problema del espíritu y el cuerpo, del yo y del no yo, de la vida y de la muerte, del ser y del no ser.

Toda decisión en favor de una u otra variables dependerá

del tenor filosófico que se adopte y no resolverá el dogma del paralelismo psicofísico.

Concretando, parece digno de ser aceptado:

Que el humanismo ha servido a los intereses espirituales puros mientras que el naturalismo trata de señalar la importancia de los bienes corporales y temporales, el valor del conocimiento del espíritu como entidad inseparable de lo corpóreo, sometida a la disciplina de sus leyes.

Que, por una acentuación del ideal humanista, literario, clásico, en convergencia con la tradición aristocrática de la educación, se ha determinado una menor valoración y dado un sentido despectivo a toda actividad manual, a toda ejercitación de los sentidos y aprovechamiento de las cosas materiales.

Que, contrariamente y fundamentado en el viraje ocasionado por los conocimientos científicos, el naturalismo pone coto a este desenfreno metafísico y retrotrae al hombre a su puesto real en el medio, dando un sentido más justo y equitativo a todas las expresiones de la vida humana, a las que considera igualmente dignas.

Que, el naturalismo apoyado, estimulado e impulsado por las ciencias y sus progresos, desea conocer la naturaleza y el hombre en un afán de dominio de sus leyes con ideales de perfección y de ética.

Que este ideal ha sido sólo en parte conseguido, pues el incalculable desarrollo de las ciencias no fué—como dice Dewey—acompañado por el disfrute de la felicidad colectiva sino por el aumento de poder de una clase en desmedro y explotación de otras.

Que existe una estrecha interdependencia entre el humanismo y el naturalismo que no puede ser desconocida por la educación puesto que, en forma más general, filosofía y ciencia se complementan y es inoficioso preguntar y establecer cuál de ellas tiene una mayor valía.

Que la educación necesita un sentido de dirección dado por la

filosofía y una técnica elaborada por la ciencia para hacer posible ese camino y la consecución del fruto deseado.

Que el problema del naturalismo y del humanismo encuentra sus raíces profundas en el dualismo filosófico separatorio del hombre y la naturaleza, concepto insostenible en la actualidad, pues el hombre es la resultante armónica y singular de la realidad psicosomática en la que la vida realiza, con igual intensidad y significado, las expresiones de lo psíquico y de lo físico fisiológico vegetativo.

Que ambas corrientes deben adaptarse, encauzando sus torrentes, en pro de la cultura y de la humanidad.

Que la pedagogía, como toda ciencia, no puede dejar olvidados los aportes de las doctrinas afines, en especial los de la psicología evolutiva que le indican, clara y sobresalientemente, que el niño no es un hombre en miniatura sino un ser que es preciso cuidar, vigilar, controlar, guiar y alimentar respetando su dignidad, su biología y su personalidad toda.

Finalmente, que naturalismo y humanismo no son más que facetas cumbres de un proceso valorativo que hoy va, al parecer, destacando el significado natural de la vida en toda su real y compleja conformación humana y social, como una justificación del aforismo de Dewey de «aprender haciendo y de aprender viviendo».

Porque, tanto la filosofía como la ciencia y la pedagogía, junto a otras expresiones de la cultura y del convivir humanos, no pueden ser amordazadas por serviles cuadros estáticos ni dominadas por sectores partidistas. Por el contrario, deben continuar alimentándose con esa savia fuerte que emana del respeto por todo y para todo.